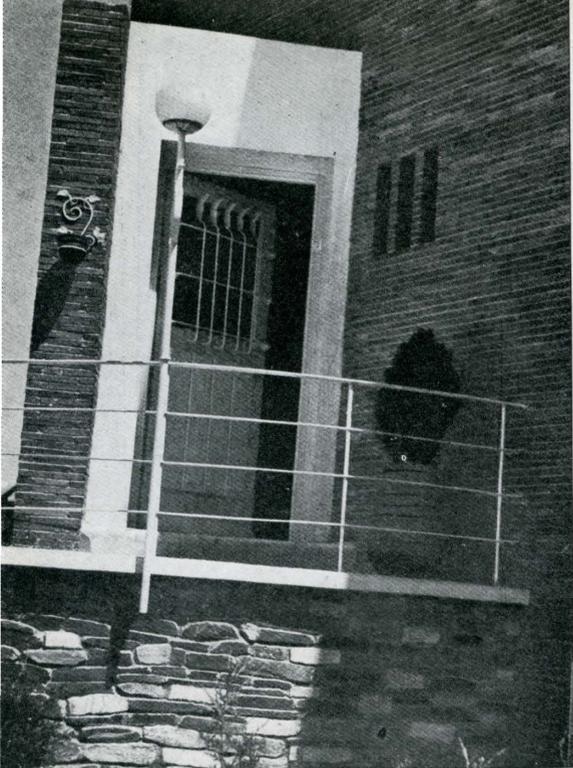


Concordancia

Conviene, en el bien común, que todos nos pongamos de acuerdo. Porque si a las naturales dificultades que toda obra de arquitectura lleva implícitas sumamos la desavenencia o disconformidad entre el público y los arquitectos, la cosa se complica de tal modo que resulta prácticamente insoluble.

Entusiasma leer lo que, al decir de los historiadores, ocurría en la Grecia clásica, en donde parece ser que el Partenón les gustaba, sinceramente, a todos los atenienses. Y en ejemplo más de nuestros días tenemos el del gran arquitecto catalán Antonio Gaudí, quien, indudablemente, era un genio, pero que—es la deliciosa servidumbre de la arquitectura—necesitó del cliente que financiara, de buen grado y sabiendo lo que se hacía, sus creaciones.

La vivienda, que se ha publicado en la Revista, a la que corresponde esta puerta, expresa, con el detalle de ese macetero en forma de integral, una total falta de compenetración entre el propietario y el arquitecto. Quizá tenga razón uno, quizá la tenga el otro. Este es tema que aquí no se trata. Lo que sí ciertamente ocurre es que no hay colaboración, y, por ende, el resultado es defectuoso.



En esta arquitectura no tiene nada que hacer ese macetero.



Este ejemplo vale para lo que al, llamaríamos, estilo corresponde. También hay falta de acuerdo, en otro sentido, en esta casa de vecindad de la figura. Su fachada, evidentemente de muy buena traza, y de materiales duraderos (ladrillo visto y piedra), debía ser tratada con un poco más de respeto por la gente de la calle. Y si los niños quieren hacer ejercicios de caligrafía, que utilicen el material idóneo, como son los cuadernos de clase.

Vale de poco el que un arquitecto y un propietario procuren dar dignidad a una ciudad con una correcta arquitectura si no existe la colaboración y la comprensión de todos los ciudadanos.

Esa ventana, indecorosamente ensuciada con esos letreros, perjudica notablemente al decoro de la calle.

